



Verdad y Anuncio de la Fe

Hoja Semanal de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año IX
Nº 37
21.06.2015

Evangelio del Domingo

¿Quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc 4, 35 – 40).

Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: «*Vamos a la otra orilla.*»

Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón.

Lo despertaron, diciéndole: «*Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?*»

Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: «*¡Silencio, cállate!*»

El viento cesó y vino una gran calma.

Él les dijo: «*¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?*»

Se quedaron espantados y se decían unos a otros:

«*¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!*»

Contenido de la Hoja Semanal

Evangelio:	Del evangelio de san Marcos (Mc 4, 35- 40).
Magisterio:	Exhort. Apostólica: "Año de la Vida Consagrada" (8).
Tradición:	V Centenario del Nacimiento de santa Teresa de Jesús (37).
Servidores:	San Benito de Nursia y la Orden de Benedictinos (1. El Fundador).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. el Papa Francisco

Carta Apostólica del Santo Padre Francisco a todos los consagrados Nº 8

II - Horizontes del Año de la Vida Consagrada

1. Con esta carta me dirijo, además de a las personas consagradas, **a los laicos que comparten con ellas ideales, espíritu y misión.** Algunos Institutos religiosos tienen una larga tradición en este sentido, otros tienen una experiencia más reciente. En efecto, alrededor de cada familia religiosa, y también de las Sociedades de vida apostólica y de los mismos Institutos seculares, existe una familia más grande, la «familia carismática», que comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático.



También os animo a vosotros, fieles laicos, a vivir este Año de la Vida Consagrada como una gracia que os puede hacer más conscientes del don recibido. Celebradlo con toda **la «familia»** para crecer y responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual. En algunas ocasiones, cuando los consagrados de diversos Institutos se reúnan entre ellos este Año, procurad estar presentes también vosotros, como expresión del único don de Dios, con el fin de conocer las experiencias de otras familias carismáticas, de los otros grupos laicos y enriqueceros y ayudaros mutuamente.

2. El Año de la Vida Consagrada no sólo afecta a las personas consagradas, sino **a toda la Iglesia.** Me dirijo, pues, a *todo el pueblo cristiano*, para que tome conciencia cada vez más del don de tantos consagrados y consagradas, herederos de grandes santos que han fraguado la historia del cristianismo. ¿Qué sería la Iglesia sin *san Benito y san Basilio, san Agustín y san Bernardo, san Francisco y santo Domingo, san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Ávila, santa Ángela Merici y san Vicente de Paúl?* La lista sería casi infinita, hasta *san Juan Bosco, la beata Teresa de Calcuta.* El beato Pablo VI decía: «Sin este signo concreto, la caridad que anima la Iglesia entera correría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvífica del Evangelio de perder garra, la **“sal”** de la fe de disolverse en un mundo de secularización»

Invito por tanto a todas las comunidades cristianas a vivir este Año, ante todo dando gracias al Señor y haciendo memoria reconocida de los dones recibidos, y que todavía recibimos, a través de la santidad de los fundadores y fundadoras, y de la fidelidad de tantos consagrados al propio carisma. Invito a todos a unirse en torno a las personas consagradas, a alegrarse con ellas, a compartir sus dificultades, a colaborar con ellas en la medida de lo posible, para la realización de su ministerio y sus obras, que son también las de toda la Iglesia. Hacedles sentir el afecto y el calor de todo el pueblo cristiano.

DESCRIPCIÓN DE ALGUNAS EXPERIENCIAS

Los escritos de Santa Teresa consisten, casi en su totalidad, en la comunicación de una experiencia, en la narración de una vida exterior e interior. Santa Teresa tiene una experiencia de la fe cristiana. Esto desde luego en el sentido de que su adhesión a ella no es por mero haber oído decir, ni por deducciones, sino en cuanto convicción total, movimiento y entrega de la persona con participación afectiva plena está ahí.



«Un día de san Pablo, estando en misa, se me representó todo esta Humanidad sacratísima como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí a vuestra merced cuando mucho me lo mandó. Esta visión, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma» (V 28,3). «Bien me parecía en algunas cosas que era imagen lo que vía, mas por otras muchas no, sino que era el mismo Cristo conforme a la claridad con que era servido mostrármeme. Unas veces era tan en confuso que me parecía imagen, no como los dibujos de acá, que por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos; es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni menos que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que —en fin— se ve es cosa muerta [...] porque si es imagen, es imagen viva; no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene veces con tan grande majestad que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe» (V 28,7-8).

RELATO DE LA VISIÓN DE LA TRINIDAD:

«y metida en aquella morada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma —podemos decir— por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que venía El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, váleme Dios, cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve —de la manera que queda dicho— que están en lo interior; en una cosa muy honda —que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras— siente en sí esta divina compañía» (M 7,1, 7-8). «Y casi vienen juntas estos dos maneras de visión siempre, y aun es así que lo vienen, porque con los ojos del alma vese la excelencia y hermosura y gloria de la santísima Humanidad, y por estotra manera que queda dicha se nos da a entender cómo es Dios poderoso, y que todo lo puede, y todo lo manda, y todo lo gobierna y todo lo hinche su amor» (V 28,9).

San Benito nació, gemelo de su hermana santa Escolástica, hacia el año 480 en Nursia, Italia; creció en el seno de una familia patricia y estudió retórica, filosofía y derecho en Roma. En Roma, el joven Benito se encontró un ambiente y unas costumbres que no tenía nada que ver con los principios en los que había sido educado en su casa. En las escuelas y en los colegios, los jóvenes imitaban los vicios de sus mayores y Benito, asqueado por la vida licenciosa de sus compañeros y temiendo llegar a contaminarse con su ejemplo, decidió abandonar Roma. Después de pasar una temporada en las montañas, a treinta millas de Roma, se dio cuenta de que en el pueblo, como en la ciudad, no podía llevar una vida recogida y, en busca de completa soledad, Benito se fue solo un lugar conocido como Subiaco. En esta región rocosa y agreste, ayudado por un monje llamado Romano, encontró una cueva de difícil acceso y allí pasó los siguientes tres años de su vida, ignorado por todos, rezando y meditando. Pasado algún tiempo, fue encontrado por unos pastores, que lo tomaron por un animal salvaje, porque vestía una piel de cabra y porque no se imaginaban que un ser humano viviera entre aquellas rocas; pero descubrieron en él a un auténtico siervo de Dios y así empezó a ser conocido y mucha gente lo visitaba, le traían alimento y le pedían consejo.



Residía en aquel entorno también una comunidad de monjes, cuyo abad había muerto y pidieron a Benito que tomara su lugar. Él rehusaba asegurando que sus modos de vida no se parecían en nada; pero los monjes le insistieron tanto, que cedió y fue con ellos para ser su abad. En seguida se vio que sus estrictas nociones de disciplina monástica no se ajustaban a las de ellos y hubo de dejarlos para evitar males mayores.

Conocida en la comarca su vida de santidad, empezaron a llegar discípulos, tanto seglares que huían del mundo, como solitarios que vivían en las montañas. Entonces entendió el santo que era el tiempo de empezar su gran plan de "reunir, como en un aprisco del Señor, a muchas y diferentes familias de santos monjes dispersos, a fin de hacer de ellos un sólo rebaño según su propio corazón, para unirlos más una observancia regular y en permanente alabanza al nombre de Dios". Levantaron doce monasterios de madera, cada uno con su propio prior, y todos ellos, bajo la supervisión de san Benito, iniciaron la vida religiosa, "siguiendo no una regla escrita, sino solamente el ejemplo de los actos de San Benito". Más tarde, resolvió abandonar Subiaco, dejando todas sus cosas en orden, se encaminó al territorio de Monte Cassino. Fue, seguramente, durante ese período cuando comenzó a escribir su "Regla", de la que San Gregorio dice que da a entender "todo su método de vida y disciplina, porque no es posible que el santo hombre pudiera enseñar algo distinto de lo que practicaba".

El 21 de marzo del año 543, día de Jueves Santo, recibida la Eucaristía, mientras rezaba, murió de pie en la capilla. Sus últimas palabras fueron: "Hay que tener un deseo inmenso de ir al cielo".

En 1964 Pablo VI declara a san Benito patrono principal de Europa.

Continuará la próxima semana... (2. La Obra)...